

■ CRÍTICA

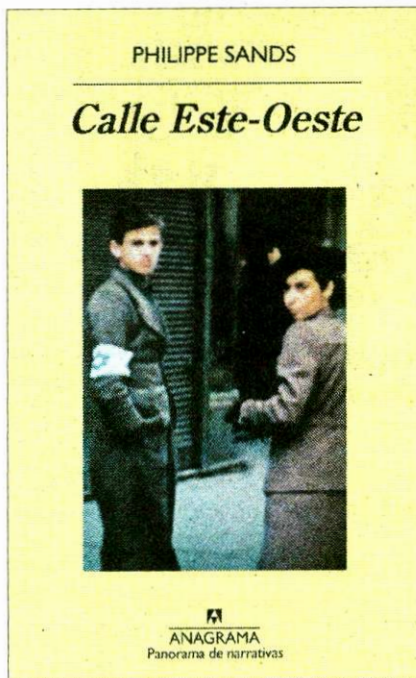
Anhelo de redención

Calle Este-Oeste**Autor:** Philippe Sands**Género:** novela**Otras obras del autor:** *Lawless Word*, *Torture Team***Editorial:** Anagrama, \$ 1.395**GABRIEL BELLOMO**

“Era el final de la guerra y del Reich alemán”. Esa frase que precede un párrafo perdido en la página 350 de *Calle Este-Oeste* de Philippe Sands ocupa el vacío de un espacio alucinado en esta monumental obra que alterna la autobiografía, la crónica, la historia. Cuatro protagonistas: Hersch Lauterpacht, Hans Frank, Rafael Lemkin, Leon Buchholz. Pero, es sabido, el final de una guerra marca el inicio de otra. Y Núremberg fue el teatro donde se harían presentes los principales actores del Holocausto.

Adentrarnos en esta obra implica hacerlo en la tortuosa personalidad del abogado de Hitler, el Dr. Hans Frank, de la mano de Phillipe Sands, abogado especialista en derecho internacional.

Pero en Núremberg se despliegan también otras batallas, puesto que los miembros que integran el Tribunal de Justicia de la Sala de Juicios 600, jueces y fiscales, no son sino que simulan “aliados”. Sin embargo, no los



une más que ciertos oscuros intereses —y esto la historia lo prueba— cuando en verdad son acérrimos contrincantes.

Adentrarnos en esta obra implica hacerlo en la tortuosa personalidad del abogado de Hitler, el Dr. Hans Frank de la mano de Phillipe Sands, abogado especialista en derecho internacional, profesor en el University College, asesor en juicios por delitos de lesa humanidad y genocidio como los cometidos en Serbia, Libia, Israel, Palestina, Yemen, Irán Irak, Chile, Argentina, dedicó seis años al estudio de registros, testimonios, documentos oficiales. Y, si bien hay razones personales que llevan a Sands a escribir este libro (la pesquisa del pasado de sus abuelos Leon Buchholz y Rita Landes, el propio pasado y el derrotero de la familia Sands), hay otras justificaciones que se superponen a aquella y que en un sentido la sosla-

yan. El escenario insoslayable es la diezmada Polonia, en particular la ciudad nombrada como Lemberg, Lviv, Lvov, Lwów.

Tanto Lauterpacht como Lemkin fueron contemporáneos y estudiaron derecho en los mismos claustros de la Facultad de Derecho de la Universidad de Lemberg. Sin embargo, y a pesar de ser contemporáneos, no tuvieron uno de otro más que referencias académicas. Ambos habitaron de jóvenes Lemberg y perdieron a buena parte de sus familias. No obstante mantuvieron una elegante controversia científica y procuraron que los integrantes del Tribunal adoptaran los disímiles conceptos de “delito de lesa humanidad” y “genocidio”, circunstancia que Phillipe Sands, con maestría y originalidad, circunscribe a una mera disidencia de manual, ajena a la barbarie y a las atrocidades que serían finalmente juzgadas y sentenciadas.

El objetivo de Sands es el Dr. Hans Frank. Lo cierto es que en la Sala de Juicios 600 del Palacio de Justicia de Núremberg, Hans Frank, confundido y converso previamente al catolicismo, se inculminó ante la mirada reprobatoria y furibunda de sus camaradas.

Dice Sands: “La primera vez que entré en la sala de juicios número 600 del Palacio de Justicia de Núremberg me sorprendió su atmósfera de intimidad y la calidez creada por el revestimiento de madera. Me resultó extrañamente familiar...”. Presente en aquel histórico momento (que Sands reproduce con testimonios) la joven periodista y escritora Enid Lawrence, hija del juez Lawrence, quien presidía el Tribunal, anotó en su diario: “Era la primera vez en la historia humana, que se llevaba a juicio a los líderes



SANDS. Además de escritor, es profesor en el University College y asesor en juicios por delitos de lesa humanidad.

de un Estado ante un tribunal internacional por crímenes contra la humanidad y genocidio, dos delitos nuevos". En ese marco, la declaración del Dr. Hans Frank, abogado de Hitler, un hombre culto que ejecutaba magistralmen-

te la *Pasión según San Mateo* de Bach (*Erbarme dich, Mein Gott, un meiner Zähren willen*: "Ten piedad de mí, Dios mío, advierte mi llanto"), solo habrá podido ser de algún modo comprendida por el psicólogo que le fuera asigna-

do desde su detención hasta su muerte.

Y según él, Frank, el erudito, el asesino, solo admitió su culpa movido por un fervoroso anhelo de redención, ya que nada más anhelaba el perdón de Dios. ■